

RELACIONES ECONÓMICAS Y POLÍTICAS EUROPA-AMÉRICA LATINA: PRESENTE Y FUTURO

Bruno Podestá

BRUNO PODESTÁ

Presidente de la Asociación Latinoamericana de Círculos Europeos (ALACIRE). Sociólogo peruano especializado en cooperación internacional para el desarrollo y en las relaciones Europa-América Latina.

La pregunta que he tratado de hacerme al escribir este trabajo es "¿Cuáles son los temas más importantes en las relaciones actuales de América Latina con los países desarrollados?" En otras palabras, cuáles son los puntos críticos —definidos a partir de una perspectiva latinoamericana—, en las relaciones políticas y económicas, en especial con Europa.

Algunos de esos temas guardan una estrecha relación con el propio carácter de la región y con su crítica situación actual; otros, con la interacción propiamente dicha con otros países y regiones y con las necesidades e intereses, no siempre coincidentes, de cada una de las partes.

La identidad de América Latina

En el término América Latina se engloban países como Granada con una extensión siete veces más pequeña que Luxemburgo y Brasil, casi de la misma dimensión de Estados Unidos o China; Bolivia, con una esperanza de vida por habitante de 53 años y Costa Rica, de 75 años; Venezuela, con una renta per cápita

de US\$2.818 y Haití, con US\$217.

La mayoría de las sociedades latinoamericanas tienen una composición multiétnica y algunos países —Bolivia, Perú, Guatemala y México—, cuentan con un predominio de población indígena o de mestizaje reciente.

En suma, un vasto territorio insuficientemente comunicado y una sociedad plural y compleja.

Es una experiencia común y reiterada el que los latinoamericanos nos reconocamos como tales ante la mirada de terceros; cuando en Europa y Estados Unidos, por ejemplo, nos definen de esa manera, asignándonos características raciales, de comportamiento o de organización social con las cuales podemos llegar a sentirnos más o menos identificados.

De otro lado, las referencias a América Latina como conjunto con cierta homogeneidad política se multiplicaron durante las décadas en las que el Tercer Mundo tuvo mayor presencia internacional. Pero los años sesenta y setenta ya se fueron y con ellos las aspira-

ciones a constituir un bloque de países proveedores de materias primas, predominantemente pobres y políticamente distantes de los países más ricos y de los socialistas.

En este momento, no es fácil afirmar que América Latina se reconozca a sí misma como una unidad cuya identidad se afirma no sólo en el pasado, sino en una mirada común al porvenir. Los repetidos fracasos en los diversos intentos de integración llevados a cabo desde Simón Bolívar hasta la fecha, son una expresión de esa búsqueda no lograda de identidad regional. Otro tanto podría afirmarse de la fragmentada y dispersa autorrepresentación regional en los foros e instancias internacionales, en los que América Latina es más una referencia geográfica que una posición política más o menos consensuada, aunque mucho sea lo que se ha progresado en este terreno en las últimas décadas.

Después de todo, como recordara Joaquim Romero de Magalhães recientemente en el seno de otra reunión organizada por el Grupo de Coimbra, América Latina como unidad y

conjunto "es una invención de los franceses", no el resultado de un proceso interno, autóctono, de integración e identidad.

Efectivamente, fue Francia la que en la segunda mitad del siglo pasado, interesada en penetrar en lo que entonces era un inmenso mercado, comenzó a llamar "latina" a la América del Sur.

El tema de la identidad, como es obvio, no es sólo importante para la autoimagen de las sociedades, sino que guarda una estrecha relación con su concepción del desarrollo, la integración y las posibilidades de relación con los demás. Es aquí donde más íntimamente se vinculan cultura, economía y sociedad.

Por lo tanto, esta reflexión sobre el tema de la identidad en su dimensión cultural y en su expresión política, no puede ser tomada como un lamento inútil, sino como la constatación de una realidad sobre la cual es necesario profundizar y actuar.

¿Un nuevo perfil geoeconómico?

La crisis económica y las políticas de ajuste estructural puestas en práctica a partir del decenio pasado, llamado por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), la "década perdida" de América Latina, han permitido la aparición de marcadas diferencias económicas entre los países, sobre las que quieren descansar ahora diversos esquemas de integración subregional.

Desde este punto de vista, de la nueva fisonomía económica, puede clasificarse a los países latinoamericanos en tres categorías:

- a. Los más "ricos": con mayor apertura al comercio internacional, diversificación de las exportaciones y cumplimiento en el pago de la deuda externa. Tal es el caso de Chile y México, y en esta categoría quiere entrar rápidamente también Argentina.
- b. Los intermedios: que no han reorganizado su economía todavía en función de la "globalización" de la misma, pero cuentan con algunos buenos indicadores macroeconómicos. Aquí se encuentran Colombia, Paraguay y Venezuela, por ejemplo.

- c. Los países empobrecidos: agobiados por problemas sociales (hambre, violencia, insalubridad) y sin un esquema económico viable. Es la situación de Haití y cada vez más la de Perú.

Sobre este panorama se está llevando a cabo un reacomodo de los países, tanto en función de las exigencias provenientes de la globalización de la economía, a la que quieren adecuarse, como del nuevo rol que quiere jugar Estados Unidos en la región y que se ha expresa-

do en la Iniciativa para las Américas diseñada por el presidente Bush y en el Tratado de Libre Comercio con Canadá y México, que está a su vez definiendo la nueva ubicación geoeconómica de este último país.

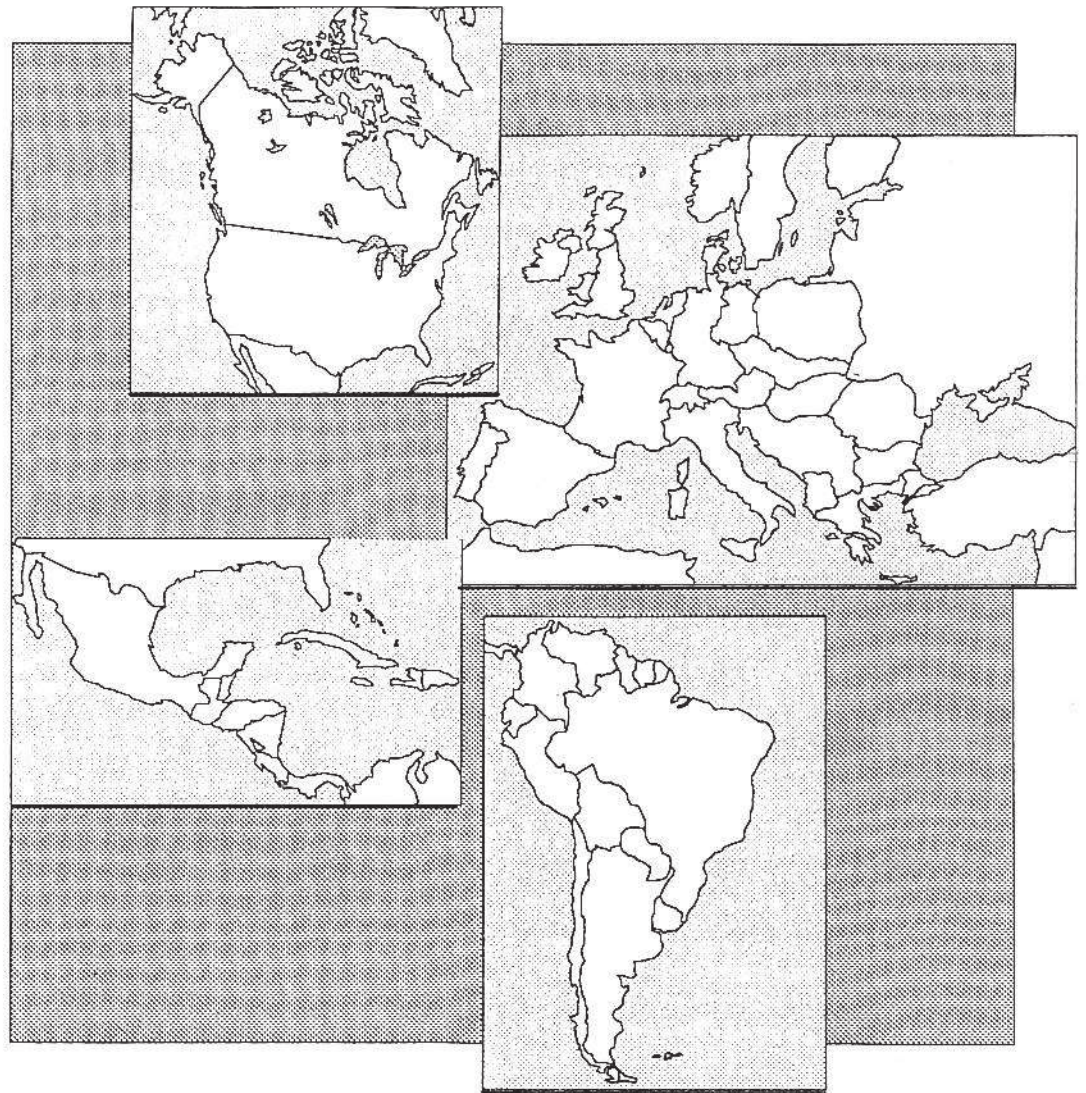
En este contexto también, están apareciendo otras iniciativas de integración o se está tratando de revitalizar algunas de las ya existentes.

Tal es el caso, por ejemplo, del MERCOSUR que aglutina a Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay.

El Grupo de los Tres (México, Colombia y Venezuela), quiere jugar un papel importante especialmente en el campo energético en América Central y el Caribe, además de constituir un esquema de integración y cooperación entre los tres socios y en la subregión.

El Grupo Andino es el más antiguo de estos esquemas y está tratando de ser relanzado aún en medio de las tentaciones centrífugas de algunos de sus miembros.

Estos esquemas de integración, si bien son eco-



nómicos, técnicos, muestran las tendencias subregionales actuales e indican las posibles nuevas bases sobre las cuales podría florecer una identidad que trascienda los límites de los países considerados aisladamente, pero que sin duda no abarcaría a la totalidad de América Latina como una sola unidad.

Lo que me lleva al siguiente tema.

Concepción del desarrollo

La realidad económica, política, social y cultural parece haberse transformado en un trayecto unidimensional para América Latina. Todo se ha ido centrando en los últimos años en las políticas de ajuste estructural, en el pago de la deuda externa y en las relaciones con el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Club de París.

Como ha sido dicho recientemente, los Estados latinoamericanos no están administrando el desarrollo (su verdadera función), sino la crisis, siendo así que más importante que lo que están haciendo es lo que están dejando de hacer.

Posiblemente, la tendencia actual de buscar afinidades económicas subregionales sirva de base para diseñar planteamientos de desarrollo más comprensivos, que perfilen no sólo lo que hay que hacer, sino cómo

hacerlo y quiénes lo deben hacer.

Es difícil imaginar el futuro de América Latina y la superación de las limitaciones actuales sin que la región cuente con una cierta concepción del desarrollo adecuada a sus posibilidades reales, que sea capaz de movilizar, en una dirección determinada, a los diversos estamentos de la sociedad.

Ahora sí podemos entrar propiamente al tema de las relaciones de América Latina con Europa y los otros países desarrollados del Norte.

Como veremos a continuación, dichas relaciones están caracterizadas por lo que podría ser llamado un desencuentro de agendas en el que suelen primar las perspectivas, percepciones e intereses de los países más desarrollados.

Democracia

La democracia se ha convertido justificadamente en el aspecto más importante de las relaciones políticas entre los países desarrollados y América Latina. Pero la democracia entendida por los países del Norte principalmente como sinónimo de elecciones y de respeto a ciertos aspectos de los Derechos Humanos. Me explico.

Con la sola excepción de Cuba, en toda América

Latina se han llevado a cabo elecciones, lo que ha provocado una ola de aplausos (prematurados) de parte de los países desarrollados.

Prematurados porque democracia y pobreza difícilmente van de la mano, al menos no por mucho tiempo. En Europa, una crisis económica menos aguda que la que afecta a América Latina, llevó al fascismo y al nazismo. Las democracias latinoamericanas, mucho más recientes y frágiles, con menos sustento institucional e incipientes tradiciones participativas, pueden arrojar resultados igualmente sorprenden-



La democracia se ha convertido en el aspecto más importante de las relaciones políticas entre los países desarrollados y América Latina.

tes. Pero esta relación entre empobrecimiento, caída vertiginosa del nivel de vida y sobrevivencia de la democracia suele obviarse, poniéndose el énfasis sólo en algunos aspectos de esta última.

Reducir el complejo contenido de la democracia a la realización de elecciones está haciendo perder de vista y no atender adecuadamente problemas tales como el divorcio existente entre política y sociedad y las enormes carencias de los partidos políticos en cuanto canalizadores de las demandas sociales. Acudir a las urnas cada cuatro o cinco años para extender un cheque en blanco en favor de los candidatos elegidos y perder toda posibilidad de control sobre sus decisiones futuras difícilmente afianza el ejercicio democrático en la sociedad y más bien puede ponerlo en peligro, especialmente en épocas de grandes presiones sociales.

La fragilidad de las instituciones, específicamente las del sistema judicial y de las fuerzas de seguridad (la policía), dificulta y hasta impide la necesaria articulación entre Estado y sociedad, articulación que debiera contribuir a una mayor participación democrática, basada fundamentalmente en el respeto a la Constitución y a las leyes.

Este aspecto del fortalecimiento institucional es esencial, pues es la única

forma de dar continuidad y profundidad a la experiencia democrática, débil aún y muy reciente, como ha sido dicho antes. Pero esta es una tarea más costosa, que atrae menos los titulares periodísticos y las cámaras de televisión y que tiene que ver menos con la denuncia y más con una labor silenciosa y perseverante de construcción de un andamiaje institucional.

Una expresión del desgaste que se observa en el sistema democrático y de la confusión que ha traído la crisis puede verse en la búsqueda anónima de "outsiders" a la clase política, como en el caso de los presidentes Alberto Fujimori en Perú y en cierta medida también Collor de Mello en Brasil y Carlos Menem en Argentina. A lo que puede sumarse la elección de los alcaldes de Lima y El Alto (Bolivia) y de dos gobernantes argentinos, un ex cantante y un ex corredor de autos. No es éste el resultado de una mayor permeabilidad y fluidez en el sistema político, sino la mejor expresión del desgaste de la clase política y de la ausencia de planteamientos, de parte de los partidos, frente a los cambiantes problemas actuales.

Pero el mayor peligro que se cierne sobre la democracia en América Latina es el del reduccionismo, con el que se le está presentando como sinónimo de elecciones y de liberalismo económico. Este planteamiento,

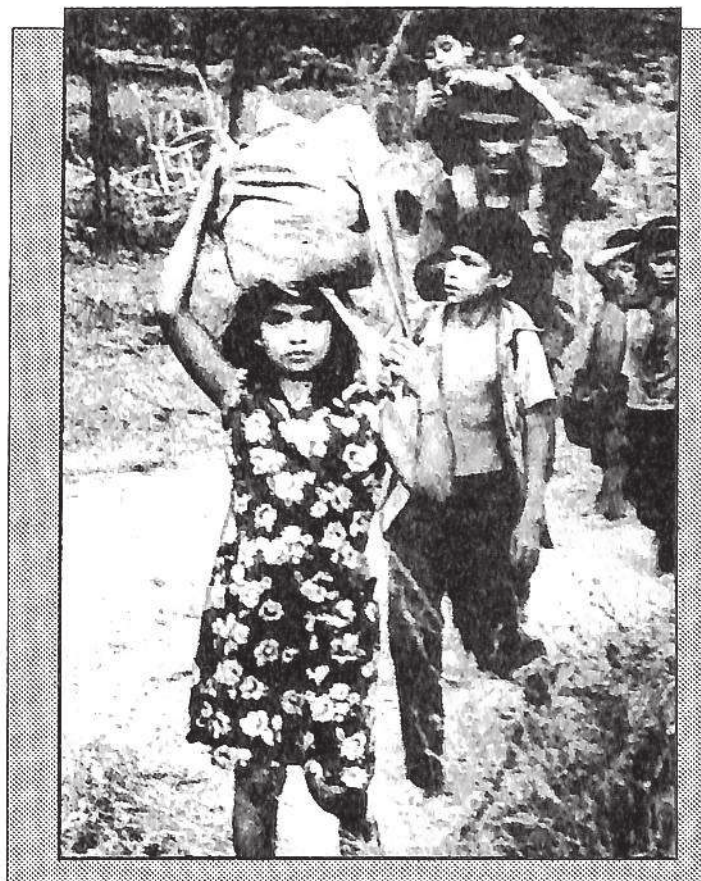
en el nombre de la muerte de las ideologías y del fin de la historia (Fukuyama dixit), intenta cerrar el paso a la necesaria búsqueda de un esquema de desarrollo adecuado a las características de los países (y de las sociedades) de la región.

Después de todo, diversos estudios han demostrado hasta la saciedad que es imposible —desde el punto de vista energético, de la utilización de recursos naturales y del equilibrio ecológico—, que todos los países de la tierra (o siquiera la mitad de ellos), puedan vivir con el nivel de consumo de Suiza, Noruega o Estados Unidos. Pero se está tendiendo una cortina de humo sobre esta realidad, afirmando que el mercado no es sólo el mejor asignador de recursos, sino el camino seguro a la prosperidad.

Derechos Humanos

En Derechos Humanos, el énfasis de los países desarrollados está puesto en lo que se denominan los derechos de primera generación; es decir, los derechos civiles y políticos. Pero nada se dice sobre los denominados derechos económicos, sociales y culturales ni sobre los derechos a la paz, al desarrollo y a un medio ambiente sano.

Esta mirada fragmentaria, de otro lado, suele poner el énfasis en la denuncia del victimario —en casos tales como persecución política,



En los últimos cinco años, la pobreza crítica se ha triplicado en América Latina.

desaparición de personas, torturas o limitaciones a la libertad de prensa e información—, mas no en la seguridad de las víctimas, que quedan después de la denuncia expuesta a los mismos o mayores peligros. Es una estrategia, pues, más orientada a las audiencias de los países del Norte que a atender las necesidades de las víctimas de las violaciones de Derechos Humanos en el Sur.

En esa misma dirección, se suele dar muy poca importancia a la reforma y fortalecimiento de las instituciones y así como a la capacitación del personal de las mismas, ni siquiera en lo que se refiere a los derechos civiles y políticos.

Sin embargo, desde la perspectiva latinoamericana, la labor más importante debiera dirigirse a la construcción duradera de una estructura legal, institucional, organizativa y de funcionarios debidamente entrenados, capaz de fortalecer la experiencia democrática y asegurar una vida más digna.

Pobreza

En los últimos cinco años, la pobreza crítica (es decir, personas que viven con menos de un dólar americano por día), se ha triplicado en América Latina. Y la tendencia sigue en aumento.

El deterioro económi-

co de la región ha hecho que en poco tiempo países como Argentina de pronto cuenten con más de cinco millones de habitantes en estado de pobreza crítica, mientras que en Perú dicho sector pasó de contar con siete millones de personas a doce en menos de dos meses.

De pronto, pues, las necesidades más urgentes se encuentran en la alimentación diaria y en los niveles más elementales de salud e higiene e involucran a decenas de millones de personas en la región.

Frente a esto, suele decirse que es el costo ineludible de los errores —populistas y proteccionistas— del pasado. Pero si bien eso puede ser cierto, la creciente pobreza es también la leña que alimenta la violencia creciente y el narcotráfico, que preocupan tanto al Norte como al Sur. Sin mencionar la migración económica ilegal que busca resolver sus problemas de empleo y de acceso a mejores niveles de vida traspasando las fronteras de los países desarrollados.

La receta "técnica" frente a esta situación parece ser la de acumular hoy para redistribuir mañana, pero la pobreza está erosionando no sólo la calidad de la vida, llevando la salud, la alimentación y el deterioro del medio ambiente a simas sin precedentes, sino que pone cada vez en mayor peligro la sobrevivencia de la

democracia y de formas civilizadas de vida.

Salud

En términos generales, tanto el Norte como el Sur tienen una preocupación común frente al tema de la salud. La diferencia está en qué aspectos de esta prioriza cada uno; allí reside el desajuste de agendas al que nos venimos refiriendo.

Si se trata del SIDA, por ejemplo, hay recursos de la cooperación internacional disponibles para su detección y prevención. Y esto evidentemente es razonable, pues estamos hablando de una enfermedad mortal en expansión.

Lo que es menos razonable, sin embargo, es que casi no exista apoyo para combatir las enfermedades endémicas de la región. Hepatitis, fiebre amarilla, tifoidea y tuberculosis, por ejemplo. El mal de Chagas, transmitido por la vinchuca, ha recuperado terreno no sólo en Argentina sino que se está expandiendo en algunos de los países limítrofes. El cólera, enfermedad nueva en la región, se ha convertido ya en endémica, habiendo pasado de Perú a Ecuador, Brasil, México y Colombia.

En esta línea de reflexión, más difícil de entender resulta todavía que no existan recursos adecuados para combatir la verdadera epidemia de este siglo: la mortali-

dad infantil. En América Latina, en unos países más que en otros, representa el principal problema en el campo de la salud, vinculado por cierto con el tema de la alimentación y la higiene.

Medio ambiente y narcotráfico

La conservación del medio ambiente es sin duda un desafío de la mayor importancia para el mundo entero. Es un problema global, pero cuyas responsabilidades específicas recaen, hasta el momento al menos, en el ámbito de los países en los que se presentan los casos concretos.

En otras palabras, cuando Francia efectúa sus pruebas nucleares en el Atolón de Muroroa en pleno Océano Pacífico ningún otro país puede intervenir más allá de tibias protestas diplomáticas, a pesar de la amenaza ecológica que ello representa para toda la cuenca.

De igual forma, la contaminación de las aguas del Rin o del Danubio espera la acción de los países por los que discurren dichos ríos, así como el vertido de petróleo sobre las playas de Alaska es responsabilidad de Estados Unidos y se espera de éste algún tipo de acción sin que otros países puedan tener injerencia en el asunto.

Frente a la Amazonia, sin embargo, los países del Norte están tratando de persuadir a la comunidad

internacional de que se trata de un problema multilateral, que por su significación ecológica global trasciende el ámbito de los países amazónicos. Una especie de Antártida, digamos, pero con la diferencia de que, Amazonia está toda dentro de los límites políticos de Brasil, Surinam, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Paraguay.

En el caso del narcotráfico se viene dando también una situación similar. Si bien es un problema de dimensiones globales, los países desarrollados quieren darle un tratamiento que carga las tintas sobre los países pobres.

La producción de hoja de coca en Perú tiene un valor anual calculado de 2.500 millones de dólares. Esa misma cantidad se transforma en Colombia, donde es procesada, en 50.000 millones de dólares y adquiere un valor de 300.000 millones de dólares una vez colocada en los mercados de Europa y Estados Unidos.

Sin embargo, las *soluciones* planteadas ponen el énfasis en los aspectos represivos a los agricultores y campesinos en las zonas de producción —que suelen no tener alternativa económica viable—, y no en la demanda existente en los grandes mercados de consumo, que son los verdaderos motores de todo el circuito comercial.

Haber llegado a la convicción de que los problemas globales involucran la responsabilidad de todos los países representa un avance de enorme importancia, que debería llevar a planteamientos de solución realistas y equitativos, que supongan la participación y el compromiso de llevar a cabo acciones precisas y concretas, pero también proporcionales. Los intereses de los países—de todos los países involucrados—, deben verse recogidos en las soluciones, así como en el costo de las mismas.

Energía, recurso crítico

Me he referido ya tangencialmente en algunos párrafos anteriores al tema de la energía, motivo de un constante contrapunto entre los intereses de los países del Norte y del Sur.

Habiendo pasado el entusiasmo por la energía nuclear, el petróleo sigue siendo el motor del bienestar y el crecimiento económico.

EUROPA AMÉRICA LATINA

Es al mismo tiempo una fuente primordial de recursos, no sólo para algunos de los países árabes, sino también para Venezuela, México y Ecuador.

Visto como tema global, sin embargo, es interesante observar cómo se conjugan en él intereses contrapuestos. Si el precio del petróleo baja, este hecho no se convierte en asunto de preocupación internacional; pero si el precio sube, si el barril de petróleo pasa la barrera de los treinta dólares o de los cuarenta, entonces sí los países desarrollados declaran la existencia de una crisis de dimensiones internacionales.

En otras palabras, si

los países productores de petróleo obtienen menos ingresos por sus ventas no hay ningún motivo de crisis, pero si el bienestar de los países desarrollados (basado en lo que a este aspecto se refiere, en un petróleo barato), se ve amenazado, en ese caso sí asistimos a un problema de proporciones globales.

Comentarios finales

Cualquier balance como el efectuado en este trabajo corre el riesgo de dejar una cierta desazón. De cualquier forma, lo que he querido subrayar es la agenda de temas comunes en las relaciones entre América Latina y Europa, evidenciando también las perspectivas

diferentes con las que son evaluados.

Frente a esta situación, es necesario mantener una mirada clara y fresca. Y justamente en ese espíritu se me ocurre recordar la frase de un gran intelectual europeo, Antonio Gramsci, aunque en estas épocas de posmodernidad no esté de moda citarlo.

El decía "Pesimismo en la inteligencia, optimismo en la voluntad". Y esa creo que es la mejor actitud que al menos los latinoamericanos podemos tener frente a la situación actual.

La crisis, entre las numerosas lecciones positivas que viene dejando, ha enseñado a América Latina que debe buscar las soluciones a sus problemas, dentro de sí misma y no esperar que dichas soluciones vengan de fuera. Que debe proponerse esquemas y modelos de desarrollo dentro de los límites de su realidad. Y que no existen recetas mágicas ni "ismos" milagrosos, que lo arreglen y lo compongan todo.